



1

Sombras

La primera vez que morí tenía diez años.

Papá me había llevado a patinar a un lago congelado. Quedé fascinada con su inmensidad. No podía esperar para ponerme mis patines y meterme en el hielo, así que, en cuanto detuvo el auto, bajé de un salto y corrí.

—¡Espérame! —gritó papá desde su viejo Chevrolet Opala color crema.

Le había insistido que me llevara durante un mes ¿y pretendía que siguiera esperando? Por supuesto que lo ignoré y me interné en la cristalina superficie del lago sin medir las consecuencias.

Lo último que oí, antes de que el suelo se quebrara bajo mis pies y el frío me atrapara, fue su alarido:

—¡Kelly!

El peso de mi abrigo me tiró hacia abajo.

El dolor, como punzadas de garras invisibles, me impidió nadar.

La desesperación de no poder salir a respirar y ver cómo la névea superficial se iba oscureciendo más y más, me hizo gritar bajo el agua.



Horas más tarde, abrí los ojos en la cama de un hospital.

—¿Cariño, estás bien? —preguntó mi padre, lanzándose sobre mí. Me pinchó con su barba crecida. Olía rancio y llevaba la ropa arrugada.

—No la agobies, Roger. —Mamá apoyó la mano sobre su hombro. Apenas me había dedicado una sonrisa—. Recuerda lo que dijo el doctor.

Me mantuve callada viendo las sombras que poblaban el cuarto, detrás de ellos.

Papá besó mi frente.

—Te dejaremos descansar. Duerme un poco.

No quiero dormir. Quiero ir a casa.

Había descansado suficiente. Sin embargo, no me moví. Mis músculos estaban rígidos y respirar dolía. Además, temía que la aguja clavada en mi brazo me lastimara si intentaba levantarme.

No se vayan, les rogué en silencio, mientras las sombras se congregaban a mi alrededor.

No me dejen con ellas.

Papá sonrió y mamá lo empujó a través de la puerta.

Tengo miedo.

Las sombras rodearon mi cama, y mi corazón se aceleró.

¡Papá!

No me salía la voz. No podía llamarlo. Esperaba que notara mi expresión de pánico y se diera cuenta de que lo necesitaba conmigo.

Sostuvo el picaporte un momento. Pensé que volvería a entrar, pero no lo hizo.

Cerró la puerta y se marchó.



Después, supe que había estado muerta por varios minutos. Mi madre lo mencionó por casualidad hablando por teléfono con una de sus amigas del club *pie*. No se llamaba así, pero me gustaba cómo sonaba. Ella pasaba más tiempo en su club de repostería que en casa. Y, cuando la veía, no hacía más que hornear pasteles. Tal vez, porque me evitaba. Ni que me hubiera convertido en una zombi devoradora de cerebros luego de mi accidente.

A pesar de no ser una zombi, había cambiado. Ya no era la misma que antes de caer al lago: la muerte, aunque fugaz, se había llevado todas mis sonrisas. Papá a veces intentaba hacerme reír con sus chistes, pero apenas me sacaba una mueca. Tal vez, fue eso lo que lo alejó de mí a él también. La verdadera yo había fallecido en ese accidente, y mis padres lo sabían. Mi luz se había apagado.

Lo que soñé mientras me hundía en el agua no dejaba de atormentarme cada vez que cerraba los ojos, cada vez que intentaba dormir. Una presencia se había acercado a mí en esa ignota oscuridad. No vi su rostro, tampoco su cuerpo; solo su mano siniestra tratando de alcanzarme. Apenas me rozó con la yema de los dedos, una corriente eléctrica me atravesó.

La sensación persistía en mi piel aun después de haber despertado. De no ser porque mi padre había logrado reanimarme, ese misterioso ser me hubiera sujetado y arrastrado a las tinieblas.

Nueve años después de mi primera muerte, seguía persiguiéndome en mis pesadillas. Eran tan vívidas que mi madre debía zamarreararme para que dejase de gritar. Pero también existía otra clase de sueños, de los que despertaba sudada y agitada. Sueños que surgieron en mi adolescencia

y que no me atrevía a contarle a nadie porque me parecían demasiado vergonzosos. En ellos, siempre aparecía él. Nunca había dejado de buscarme, de seguirme, de intentar llevarme a la oscuridad.

Aunque no pudiera verlo, ese hombre sombrío siempre estaba conmigo.